

B. Atxaga, J. Borja, J. M. Caballero Bonald,
J. R. Capella, L. García Montero, A. González,
B. Gopegui, A. Grandes, A. Jerez, J. Marsé,
E. Mendicutti, J. C. Monedero, V. Navarro,
B. Prado, R. Regás, M. Rivas, M. Torres

MEMORIA DEL FUTURO



Asociación para la
Recuperación de la
Memoria Histórica

RIVAS
VACIAMADRID



contamíname

Fundación para el
Mestizaje
Cultural

ÍNDICE

BERNARDO ATXAGA	
Pirpo y Chanberlán, asesinos	9
JORDI BORJA	
La cultura urbana republicana: ciudad y ciudadanía	21
JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD	
Una evocación	47
JUAN-RAMÓN CAPELLA	
¿Por qué republicano?	57
CARLOS CASTILLA DEL PINO	
Recuerdos de la República	65
LUIS GARCÍA MONTERO	
¿Quién manda en mí?	71
ÁNGEL GONZÁLEZ	
Camposanto en Colliure	99
Ciudad cero	102
Divagación onírica	104
Dato biográfico	106
	349

BELÉN GOPEGUI	
Relatos	111
ALMUDENA GRANDES	
Razones para un aniversario	121
ARIEL JEREZ	
Memoria y ciudadanía. Apuntes para la re- construcción	131
JUAN MARSÉ	
Los geranios de la II República	143
EDUARDO MENDICUTTI	
Los herederos	151
JUAN CARLOS MONEDERO	
La dignidad republicana y la autoestima de la izquierda: releer la Transición Espa- ñola	157
VINCENÇ NAVARRO	
La II República	175
BENJAMÍN PRADO	
La distancia es mirar para otro lado	191
ROSA REGÀS	
Recuperar la Segunda República	201

MANUEL RIVAS	
El libro de Elisée	209
MARUJA TORRES	
Mi no Segunda República	219
CON ORGULLO, CON MODESTIA Y CON GRATITUD ..	225
FIRMAS	233
CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA.	
1931	271
LETRAS DE LAS CANCIONES DEL CD	
1. Himno de riego	325
2. La Marsellesa	327
3. Himno a la República	329
4. Himno a García Hernández	331
5. Corrido	333
6. Corrido 2ª parte	335
7. Himno Popular Republicano	337
8. Schotiss madrileño	339
9. Marcha del 5º Regimiento	341
10. Marcha de las Brigadas Internacionales..	343
11. Canción del Frente Unido	345
12. Jarama song	347

BERNARDO ATXAGA

PIRPO Y CHANBERLÁN, ASESINOS

Ninguno de los dos sabía qué era una patente de corso, pero, si durante la guerra civil española alguien se hubiera molestado en explicárselo, los dos habrían respondido al unísono: «¡Pues, lo nuestro! ¡Lo que nos han dado a nosotros!». No les habría faltado razón. Aquellos dos amigos, famosos por sus robos y por las correrías que hacían por las fiestas de los pueblos recogiendo campesinos en un camión y llevándolos a los cabarets de la ciudad, podían matar a cualquiera sin otro motivo que el haber sido señalado por un Don o una Doña. En realidad, ellos mataban todo lo que podían, porque eran asesinos y porque, al fin a cabo, siempre había alguien que les daba un buen motivo.

Pirpo tenía la figura de un bailarín, era muy esbelto. Chanberlán se asemejaba más a una domador de leones. Cuando en el camino se les juntaba algún payaso, los tres formaban un bonito grupo circense, cuyo lema era: «Función única. Si vienes, no lo contarás». Se decía que entre los que habían asistido a aquellas funciones se encontraba Portaburu, un campesino de Obaba secuestrado en San Sebastián, así como el viejo Goena y el joven Goena, asesinados en el mismo Obaba, cerca de la ca-

sa donde vivían. Y que fue Chanberlán el que les pegó un tiro en la cabeza mientras Pirpo, no muy lejos, ensayaba unos pasos de vals.

Ocurrió, sin embargo, que, a partir de 1940, los Dones y las Doñas quisieron actuar con más discreción. El circo de Pirpo y Chanberlán estaba ya muy visto, llevaba demasiadas sesiones, y además no parecía tener buena acogida en otros países. «Ya basta de bailes y de juegos de leones —dijeron los Dones y las Doñas—. Ha llegado el turno de los juicios, que tampoco son un espectáculo cualquiera.» A partir de ese momento, la situación de Pirpo y Chanberlán cambió de forma considerable, y llegaron a sentirse preocupados, como quien ha perdido algo. «Hemos perdido la patente de corso», quiso decirle un día Pirpo a Chanberlán. Pero, al no conocer la expresión, tuvo que callarse, y el gusano —el malestar— se le quedó dentro. Durante una época ni siquiera tuvo ganas de bailar.

A Pirpo le encantaba el champán, y servirse langosta, bogavante y otros frutos de mar en mesas engalanadas con manteles de hilo; Chanberlán, en cambio, se dejaba casi todo su dinero en oscuros cabarets y en los prostíbulos. Al contrario que a Pirpo, las mujeres no se le rendían por su cara bonita. Porque, en realidad, de bonita no tenía nada.

En la nueva situación, la falta de dinero pronto se convirtió en un serio problema. No tenían talento para los negocios, ni para los sucios ni para

los limpios; no podían ocupar, por falta de preparación, puestos de cierto nivel en las empresas gubernamentales; para acabar de complicarlo, les costaba verse a sí mismos en una estanco o conduciendo un taxi, y rechazaron sin titubeos la oferta que un Don les hizo en ese sentido.

Volvieron a montar su circo, y se dedicaron a pasar a Francia emigrantes clandestinos portugueses. Recogían a diez o doce en la frontera, generalmente por la zona de Salamanca, y, después de traerlos ocultos en un camión hasta los Pirineos, los dejaban en un refugio de montaña en cuya pared exterior algún gracioso había escrito con pintura roja y en letras de molde: «Grand Hotel de la France».

«¿Comprendéis lo que significa ese nombre? Significa que ya estamos en Francia —les decía Pirpo a los emigrantes—. El hotel está abandonado, pero aún sirve para pasar una noche. Mañana por la mañana, cogéis este camino y en unas pocas horas estaréis en Tarbes». Chanberlán asentía gravemente y señalaba con la mano un sendero que se perdía entre dos peñascos.

Al día siguiente, adonde llegaban los emigrantes portugueses en unas pocas horas era a un cuartel de la Guardia Civil española; al cabo de una semana, ya estaban de nuevo en Tras os Montes o el Alentexo. En el mismo sitio que antes, pero sin el dinero.

A veces ocurría que surgían problemas en la representación circense, y a los emigrantes portugueses les daba por manifestar sus dudas y por exigir una prueba más consistente de encontrarse realmente en Francia. «¡No verdadero! ¡No verdadero!» gritaban todos, señalando el refugio y el nombre escrito en su fachada, «Grand Hotel de la France». Pirpo —siempre comunicativo—, protestaba tanto o más que ellos, y se lamentaba por la falta de confianza. Luego, acudía a Chanberlán. «Si no me creéis, preguntad a éste», decía gesticulando. Los emigrantes portugueses reparaban entonces en la pistola que empuñaba el hombre que se asemejaba a un domador de leones, y, no sólo se callaban, sino que bajaban la vista y pedían perdón.

Pasó el tiempo, llegó 1944, y Pirpo empezó a cansarse, a sentir nostalgia de los tiempos en los que, sin tanta zozobra, la suerte les sonreía, y tenían a su disposición comodidades, riquezas y facilidades para hacer las cosas —«una patente de corso», habría dicho de conocer la expresión—. Él no quería pasarse toda la vida yendo de Portugal a los Pirineos y de los Pirineos a Portugal. Les urgía hacer algo. Si no, cerrarían el circo. Pero en ese caso, ¿cómo pagarían el champán, la langosta, el bogavante, los frutos de mar? ¿Cómo pagaría Chanberlán el amor de las mujeres?

Un Don o una Doña les envió de improviso un mensaje. Un matrimonio de ancianos se encontra-